

Mié
12
Nov
2014

Evangelio del día

Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Par
Hoy celebramos: San Josafat (12 de Noviembre)

“Según su propia misericordia nos ha salvado”

Primera lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a Tito 3, 1-7

Querido hermano:

Recuérdales que se sometan a los gobernantes y a las autoridades; que obedezcan, estén dispuestos a hacer el bien, no hablen mal de nadie ni busquen riñas; que sean condescendientes y amables con todo el mundo.

Porque antes también nosotros, con nuestra insensatez y obstinación, andábamos por el camino equivocado; éramos esclavos de deseos y placeres de todo tipo, nos pasábamos la vida haciendo el mal y comidos de envidia, éramos insoportables y nos odiábamos unos a otros.

Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino, según su propia misericordia, nos salvó por el baño del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos, en esperanza, herederos de la vida eterna.

Salmo de hoy

Sal 22, 1b-3a. 3b-4. 5. 6 R/. El Señor es mi pastor, nada me falta

El Señor es mí pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas. R/.

Me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.
Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan. R/.

Preparas una mesa ante mi,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa. R/.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17, 11-19

Una vez, yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaría y Galilea. Cuando iba a entrar en una ciudad, vinieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían:

«Jesús, maestro, ten compasión de nosotros».

Al verlos, les dijo:

«Id a presentaros a los sacerdotes».

Y sucedió que, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se postró a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Este era un samaritano.

Jesús, tomó la palabra y dijo:

«¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios más que este extranjero?».

Y le dijo:

«Levántate, vete; tu fe te ha salvado».

Reflexión del Evangelio de hoy

Según su propia misericordia nos ha salvado

Comienza la primera lectura con unas recomendaciones que nos resultan tal vez chocantes y difíciles de asumir sin más. "Someterse al gobierno y a las autoridades, obedecerles" como algo que todo cristiano ha de hacer por sistema promueve interrogantes hoy, como sin duda los producía en su tiempo. Y parece bastante claro que hay muchas ocasiones en que como ciudadanos no debemos ni someternos ni obedecer a las autoridades. No es necesario poner ejemplos porque sin duda a todos, en cualquier rincón del mundo, se nos ocurren muchas cosas que nuestras autoridades pretenden y que constituyen una injusticia, un atropello de los más débiles, un abuso insultante de poder...

Un inicio tan contundente puede desviar nuestra atención de lo que el autor verdaderamente quiere comunicarnos, a través de una comparación por contraste que deja luminosamente claro el mensaje que desea hacernos llegar. La oscuridad de nuestra situación antes de conocer a Cristo, el Señor, pintada en tonos más negros que grises, se pone en contraposición con lo que ha ocurrido al "aparecer la bondad de Dios". Por su misericordia, por su amor, -no por nuestros méritos- hemos sido salvados. Y ello nos capacita para salir de la esclavitud y estar dispuestos siempre a "toda forma de obra buena".

Ojalá esa presencia amorosa que nos convierte en hijos y herederos nos mantenga en esa disposición hacia el bien, con la alegría de quienes todo lo han recibido de Dios y el convencimiento lúcido de que el camino de la vida para los creyentes no transita por aquellos lugares en los que parece imprescindible "colgarse medallas" para ser alguien. Somos "mucho", pero lo somos en Él.

¿Pasaremos de las normas a la gratuidad?

Una petición común: "Jesús, maestro, ten compasión de nosotros". Su necesidad es extraordinaria. Vivían excluidos del pueblo para evitar el contagio de la enfermedad. Suponen que Jesús puede hacer algo por ellos y le suplican. La respuesta de Jesús es esperanzadora: un leproso curado de su enfermedad debía presentarse de inmediato a los sacerdotes que tenían que certificar oficialmente que estaba "limpio". Se apresuran en el camino y se dan cuenta de que están sanos. ¡Qué júbilo increíble en lo más hondo de sus corazones! ¿Qué hacer ahora? Nueve de ellos siguen exactamente la pauta que Jesús les ha señalado: ir a presentarse a los sacerdotes. Es lo normal. Es además, la norma. Y les corría mucha, mucha prisa (tanta como el dolor acumulado de la separación total de lo que constituía su vida) el poder incorporarse a la vida cotidiana de la familia, la aldea, el trabajo... En el fondo les comprendemos, y hasta es posible que nosotros engrosáramos sus filas de darse el caso...

Hay, sin embargo, un despistado -que probablemente no conocía la ley por ser samaritano- que cuando advierte que está curado se olvida de lo que le han mandado hacer y sólo tiene cabeza y corazón y entrañas para agradecer a Jesús lo que ha hecho por él. Y el evangelio nos habla de que vuelve junto a Jesús dando grandes gritos y alabando a Dios.

Resulta un poco chocante que Jesús se queje de los que están cumpliendo lo que él les había mandado hacer, mientras alaba al extranjero que es el único que no va a cumplir -de momento- lo que Él les ha pedido.

¿Qué decir? Sabiendo que existen múltiples interpretaciones yo hoy me quedo con la pregunta sobre la postura ante la inmensidad de dones que a lo largo de la vida recibimos. ¿Tomo nota, los pongo a funcionar, considero que es algo normal...? O ¿quizá me vuelvo alguna vez admirada, sorprendida y agradecida hacia Aquel que me los regala?



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Josafat

En Polonia se había conseguido aceptar el Concilio de Trento en 1564, que había terminado el 4 de diciembre de 1563, lo que sirvió de base para la restauración católica del país, que luego fue consolidándose a lo largo de los veinte años siguientes. Cuando en 1580 nació en Vladimir (Polonia) Juan Kuncewicz, de padres fielmente ortodoxos, se fundaban en Polonia varios seminarios para la formación del clero, por iniciativa del primado Estanislao Karnkowski, que murió en 1603. Esta obra de renovación católica se completaba, gracias al rey Segismundo III (1587-1632), al que ayudaron en la tarea varios preladados y, sobre todo, los jesuitas, los dominicos y los basilianos reformados, con la unión de los orientales a la Iglesia de Roma en el sínodo de Brest en 1596, aprobados por el papa Clemente VIII. Los mtenos uniatas conservaron, después de la unión, su liturgia propia, su clero casado y sus costumbres orientales.

De la ortodoxia al catolicismo

Poco después, Juan Kuncewicz se convirtió a la fe católica, adhiriéndose a la Iglesia rutena unida, después de abandonar el comercio en Vilna (Lituania), centro intelectual y religioso de los rutenos, que habían sido evangelizados por los griegos, los cuales, tras el cisma de Focio (siglo X), y Miguel Cerulario (1054), se habían separado de Roma para unirse a Bizancio.

Comprendió Juan que sólo los monjes, como ascetas y cultivadores de la liturgia, podían convertir a los hermanos rutenos, por lo que Juan ingresó en 1604 en el monasterio de la Santísima Trinidad que la Orden de San Basilio tenía en Vilna, tomando el nombre de Josafat. Ordenado sacerdote, con su amigo Rutki (metropolitano más tarde), emprendió la reforma de los basilianos. Además se dedicó a la predicación para convertir a los hermanos separados y publicó un libro apologético que recogía sólo textos eslavos en defensa de la unidad de la Iglesia (1617).

Objetivo: la unidad de la iglesia

Fue ordenado obispo coadjutor del arzobispo de Pólotsk, a quien sucedió en dicha sede en 1617. En un país muy cercano a Moscovia, donde había muchos cismáticos, Josafat sintió que su vocación era la de difundir la fe católica entre los rutenos, por lo que trabajó infatigablemente por la unidad de la Iglesia. Buscó toda clase de argumentos que pudieran contribuir y confirmar esta unidad, sobre todo, estudiando atentamente los libros litúrgicos que usaban los mismos orientales separados. Celebró sínodos, en los que defendió con gran celo la ortodoxia católica y los derechos de los rutenos, unidos a Roma. Formó al clero, generalmente ignorante y sancionaba a los clérigos que se casaban en segundas y terceras nupcias. Restauró monasterios, y multiplicó sus catequesis al pueblo, para el que escribió un Catecismo elemental. Tenía tal capacidad de convicción y arrastre que llegaron a llamarle «raptor de almas» por las conversiones que conseguía con su palabra y con su vida. Él estaba convencido de que la fuerza de la unión estaba en los dones comunes de los cristianos como el bautismo, la Sagrada Escritura, la vida de la gracia, la fe y la caridad y una tierna devoción a la Virgen María. Sin embargo, todo ello le llevó a suscitar violentas reacciones en la nobleza mena, a la que privó de los beneficios eclesiásticos; en la burguesía, apegada al rito nacional, que temía la introducción de ritos latinos y también en el pueblo, indiferente a las cuestiones de jurisdicción teórica, pero refractario a la modificación litúrgica romana, considerada como una traición.

Estas resistencias partían del patriarca bizantino de Jerusalén, Teófanos III, que estaba de viaje hacia Ucrania en 1621, quien había hecho consagrar a un metropolitano y a algunos obispos cismáticos para todas las diócesis menas. Teófanos encontró en el gran canciller de Lituania, León Sapieha, un aliado contra Josafat, acusado de comprometer la paz social en un momento en que también Polonia, amenazada por los turcos y por Suecia, necesitaba la ayuda de sus grandes vecinos ortodoxos. Sin embargo, Josafat nunca quiso latinizar a los uniatas, pues él mismo no sabía latín ni quiso jamás renunciar a las costumbres eslavo-bizantinas ni a la religiosidad oriental. Él tenía muy claro que católico y latino no se identifican, aunque sus enemigos prefirieron no entenderle.

Josafat trató de disipar dicha acusación, defendiendo a los uniatas, pero perseguido a muerte por sus enemigos, los cismáticos fanáticos, que se habían impuesto en Vitebsk mediante una revuelta, fue bárbaramente asesinado en dicha ciudad por un grupo de sicarios, instigados por nobles y por disidentes griegos, cuando, después de celebrar los maitines en la catedral, volvió a su casa. En ella, defendió a sus familiares amenazados por los verdugos, y antes de morir les dijo: «Vosotros me odiáis a muerte, y yo os llevo en mi corazón y me alegraría mucho morir por vosotros». Era el 12 de noviembre de 1623, Su cuerpo fue arrojado al río Dvina, con un saco de piedras atado al cuello. Así rubricaba Josafat una de las páginas más dramáticas del ecumenismo. Ahora su cuerpo se puede venerar en la basílica vaticana bajo el altar dedicado a San Basilio, pero antes, rescatado del río, había sido sepultado en la catedral de Pólotsk; más tarde, en 1764 fueron inhumados en la iglesia local de los basilianos. Durante la Primera Guerra Mundial fueron trasladados a la iglesia greco-ortodoxa de Santa Bárbara en Viena y, finalmente, en 1949 fueron llevados al Vaticano.